

algo siniestro; pero Pedro le tranquilizó, y temeroso de que sus hijos ó su mujer se despertaran, abrió las dos hojas de la puerta, sacó el carruaje al campo y volvió á cerrar.

María Ana se despertó efectivamente y se asomó á la ventana, pero la noche era oscura y no vió nada, oyendo solamente el rodar del carruaje.

El coche atravesó el camino que conducía á las landas.

Ni un alma velaba á aquellas horas, y sin embargo, el asesino temblaba al más leve rumor.

Llegado al centro de las landas, detuvo el carruaje y, después de un momento de vacilación, le hizo entrar en un camino estrecho y tortuoso.

No había andado cien metros, cuando le hizo detener de nuevo.

Desenganchó el caballo, y sacando del fondo del carruaje el fúnebre saco, le cargó con él.

Eran próximamente las cuatro y media de la mañana.

Las cornejas graznaban en las ramas de los árboles y á lo lejos se oían los aullidos de los lobos.

A pesar de su salvaje valor, Pedro estaba trémulo de espanto. No llevaba armas para el caso de que alguien se cruzara en su camino y sorprendiera su secreto. Se le había olvidado este detalle. Pero, en último caso, contaba con su fuerza material para deshacerse de cualquier curioso.

Cogió el caballo de la brida y echó á andar.

Conocía palmo á palmo el bosque.

Cuando llegó al paraje donde debía depositar el cadáver, empezaba á clarear.

De repente se detuvo.

Creyó haber oído á corta distancia el ruido de las hojas que chocaban entre sí como si alguien las pisara.

Miró, no vió nada y siguió su camino.

Con una mano iba apartando las ramas que le cerraban el paso y con la otra dirigiendo el caballo.

Llegó por fin á una profunda laguna que había en el centro del bosque y, levantando en peso la fúnebre carga del caballo, la arrojó en medio de las cenagosas aguas.

—Ahora, exclamó lanzando un suspiro, que te busque quien te eche de menos.

En el momento de volver á coger las riendas del caballo para alejarse de aquel sitio de maldición, se le figuró ver una sombra que cruzaba el bosque en dirección contraria á la que él llevaba.

## VI.

### La sombra.

Al salir del bosque, Pedro se detuvo al pié de un árbol, y empezó á mirar á su alrededor.

Acostumbrado á ver en la oscuridad no distinguió nada.

Tranquilizado un tanto, siguió su camino.

Pero, en el momento de desaparecer en dirección al sitio en que había dejado el carruaje, se volvió á dibujar entre los árboles la sombra que le había atemorizado.

Era un hombre con traje de cazador, ó más bien de guarda de campo, á juzgar por la bandolera que cruzaba su pecho con una placa de acero en el centro, en la que brillaban las armas de la casa Fonterose:

—¿Qué habrá venido á hacer aquí á estas horas ese hombre? se preguntó.

Atravesó los linderos del bosque y llegó al sitio donde había visto detenerse á Kerandal.

Las huellas del hombre y del caballo esaban impresas en la arena.

El guarda se bajó y las observó atentamente.

—Juraría que ha puesto aquí la herradura el caballo de Kerandal.

Y siguiendo las huellas, llegó á la laguna, deteniéndose en el mismo sitio en que el cadáver de Noel había sido lanzado al agua.

—Indudablemente, aquí ha estado un Kerandal, murmuró. Pero, ¿cuál de ellos habrá sido?

Fácil le hubiera sido adivinarlo, pero, en último caso, aunque hubiera ido al bosque con alguna intención siniestra alguno de los Kerandal, él no había

de detenerle, porque estaba unido á ellos por lazos que no quería romper.

Había nacido en casa de los Kerandal, fruto de los amores de una vaquera y de un ayuda de cámara de Santa Gilda, que tanto por descargarse del peso de su hijo, como por estar cansado de la vida de provincia, desapareció del país de la noche á la mañana.

La vaquera burlada se murió de pesadumbre, quedando abandonado el pobre huérfano, que hubiera muerto también, á no haberse hecho cargo de él, por caridad, los Kerandal, el maestro y el cura de Phenoe.

Se crió tan delgado, que le pusieron por nombre la *Aguja*, aunque su verdadero nombre era Juan.

A su extremada delgadez debió el ser exceptuado del servicio militar.

Sin embargo tenía una salud de hierro, y á subir una cuesta ó correr, no había quien le ganara en el país.

El mayordomo de Santa Gilda, el Sr. Malo Briquebec, compadecido de su suerte, le nombró guarda de campo del señor marqués de Fonterose, y desplegaba tal celo en el desempeño de su cargo, que no se disparaba una escopeta en el bosque sin que supiera al cuarto de hora quién había sido el merodeador.

Pero cuando este era uno de los Kerandal, tomaba, para sorprenderle, el camino más largo, dándole tiempo para escaparse.

Sin embargo, aquel día se había picado su curiosidad.

Lo que había visto era extraño, inexplicable.

Los Kerandal, cuando cazaban, no arrojaban la caza al agua.

Todo el día le pasó pensando en lo que habría ido á hacer al bosque Kerandal aquella noche.

Al caer la tarde se dirigió á Penhoet.

Su visita tenía además otro objeto

A pesar de su fealdad, era extremadamente enamorado; amaba, aunque nunca lo había dado á entender, á María Ana, y siempre que sus ocupaciones se lo permitían, iba á verla.

La familia Kerandal le dispensaba la mas cordial acogida, y cuando llegaba á las horas de comer, le hacían sentarse á la mesa.

Cuando llegó á Penhoet había ya cerrado la noche.

Nada revelaba en el interior de la casa el drama que se había representado en ella.

Estaban acabando de cenar cuando Juan hizo su presentación.

—Aquí está Juanillo, dijo la criada, anunciándole.

—He visto luz, al pasar, dijo Juan, y he entrado á daros las buenas noches

—Bien venido, Juan, contestó Pedro. Siéntate y bebe un vaso de sidra con nosotros.

—Muy tarde andai por el campo, le dijo María Ana.

—Es la hora de la ronda.

—¿No os dá miedo cruzar el bosque á estas horas?

—Los lobos huyen de él, repuso Pedro sonriéndose. No tiene mas que huesos.

—Mas bien debería temer al viento, que el día menos pensado se le puede llevar como una hoja seca añadió en el mismo tono de broma uno de los hijos de Pedro.

—Al menos esta noche hace luna, replicó la criada. Habéis tenido mas fortuna que el forastero que llegó anoche.

—¿Un forastero? preguntó Juan.

—Sí, un primo de mi padre que llegó anoche y se fué esta madrugada, acompañado por mi padre, dijo María Ana.

—¡Ah! exclamó involuntariamente Juan.

—Sí. Recordó que tenía que despachar un negocio urgente y nos abandonó pocas horas después de llegar.

El guarda no volvió siquiera la cabeza para mirar á Pedro. Los hombres de los bosques acaban por hacerse tan sagaces como las fieras, obligados constantemente á velar por su seguridad; pero la imágen del hombre y del caballo que había visto la noche antes, se reprodujeron en su memoria.

Pedro Kerandal, por su parte, estaba tranquilo. Nadie había oído el menor ruido durante la noche, y por consecuencia nadie sospechaba nada.

Cuando volvió, á las nueve de la noche, guiando su caruaje, dijo á su mujer y á sus hijos que venía de acompañar á Noel que, con motivo de un negocio urgente, había tenido que apresurar su partida, prometiéndole, no obstante, que volvería pasado algún tiempo para establecerse en el país.

Las palabras de Pedro no las discutía nadie. Eran artículos de fé ante los cuales toda la familia inclinaba la cabeza.

En Bretaña la autoridad del jefe de la familia es soberana.

Además, ¿qué interés podía tener Pedro en enganar á los suyos? María Ana estaba más alegre que de costumbre. Pedro parecía menos preocupado, y cuando él era feliz, ella lo era también.

Juan, por el contrario, estaba meditabundo y absorto. Aquel misterio le preocupaba hondamente. Parecía que el peso que se le había quitado de encima á Pedro, había caído todo entero sobre su corazón. Sospechaba algo terrible, y no pudiendo reprimir por más tiempo su impaciencia, se levantó, dió la mano á Pedro y María Ana, y salió.

La serenidad de la noche contrastaba con el horror de la anterior.

La luna brillaba en medio del cielo, y el viento murmuraba cadenciosamente entre las ramas de los árboles.

Juan tomó á paso largo el camino de su casa, que estaba próximamente á una legua de Penhoet.

Los Kerandal estaban arruinados. Su desgracia no era un secreto para nadie. El Sr. Lesguedou, alguacil de Pornigua, decía á todo el que le quería oír, que el día menos pensado se sacaría á pública subasta la caverna de los lobos de Penhoet. Sin embargo, Pedro estaba tranquilo y se había permitido aquella noche algunas bromas respecto á Lesguedou, dando á entender que no le temía. Todos estos detalles turbaban el ánimo de Juan. Algo extraordinario sucedía que no estaba al alcance de su inteligencia, y era preciso averiguarlo, no para vender el secreto de los Kerandal, si nó para satisfacer su curiosidad y desvanecer sus propios temores.

Llegó á su casa, una casita pequeña pero pintoresca, edificada en medio de un jardín, se dirigió al establo donde en vez de ganado había unas cuantas aves, descolgó una especie de garrocha con un garfio en la punta, y con la garrocha en una mano y la escopeta en la otra, se dirigió hácia el sitio en que la noche anterior había visto al hombre y al caballo.

Marchaba tan rápidamente, que un caballo no hubiera podido seguirle, así es que en breve tiempo salvó la distancia que le separaba de la laguna.

Juan conocía el terreno palmo á palmo, y aunque no le hubiera conocido, le habrían puesto en camino los juncos rotos que señalaban el paso del hombre cuyo secreto iba á sorprender.

Llegó á la orilla, sumergió en las aguas la garrocha

por el lado que tenía el garfio, y no tardó en tropezar con un objeto que al fin apareció sobre la superficie de la laguna.

Juan reconoció con espanto, bajo la tela del saco, la rigidez del cadáver de Noel.

Ya no era posible dudar.

La noche anterior se había cometido un crimen en aquel sitio.

Juan reflexionó, siendo su primer movimiento de miedo.

Miró á su alrededor y no vió á nadie.

¿Qué hacer.? Su deber le mandaba dar cuenta del descubrimiento que había hecho á su superior gerárquico el Sr. Malo Briquebec; pero la imágen de María Ana, que apareció de improviso ante sus ojos, le detuvo.

Recordó los cuidados que le habían prodigado los Kerandal en su niñez; las veces que le habían sentado á su mesa siendo hombre; la hermosura de María Ana; la inocencia de Santa; la honradez de Ibo, y no quiso hacerse juez de Pedro, vendiendo su secreto.

¿Quién era el desconocido, cuyo cadáver tenía delante.? Lo ignoraba. Vaciló un momento. . Pero al cabo volvió á dejarlo caer en el fondo de la laguna. Si algun día era preciso buscarle, allí le encontraría.

Media hora despues entraba en su casa, volviendo la cabeza como si temiese que alguien le hubiera seguido.

## VII.

**Salvaje como una fiera.**

En las épocas de guerra y de perturbaciones públicas, la desaparición de un hombre pasa inadvertida.

La muerte de Noel fué un misterio para todo el mundo, entre otras razones, porque nadie tuvo noticia de su llegada á Penhoet.

Los Kerandal eran poco comunicativos y no hablaban á nadie de sus asuntos, y si se hubiera preguntado en el Havre, como nadie conocía á Noel, nadie habría podido asegurar que había desembarcado en aquel puerto un hombre llamado así.

Sólo su hija se inquietó por su silencio, pero su hija era una niña.

Al cabo de un mes confió sus temores á la directora del colegio en que la había dejado su padre, pero la directora ignoraba el punto de Francia á que aquel se había dirigido. Por otra parte, las comunicaciones entre el Havre y el resto del país estaban interrumpidas. Se entraba y se salía por mar. Por tierra servían de correo las palomas mensajeras, y este medio tenía de inseguro todo lo que tenía de ingenioso.

Pasaron las semanas y los meses sin tener noticias de Noel Trelan.

Los temores de Juana iban en aumento. Temía que su padre hubiese muerto ó hubiera caído prisionero de guerra. Y para colmo de desdichas, el amigo de Noel, depositario de la mayor parte de su fortuna, un judío de la Bolsa llamado Moisés Blunner, antiguo dependiente de comercio, convertido en millonario, hombre sin fé ni ley, para quien el robo era una obra meritoria, sabiendo que no existía ninguna prueba del depósito que se le había confiado, explotó en su favor la desaparición de su acreedor.

Juana, por consiguiente, perdió á la vez su padre y su fortuna.

Un día, mucho tiempo despues, un desconocido, dejó en el colegio una carta con sobre para Juana Trelan.

Aquella carta contenía el importe de tres meses de pensión y una nota, en la que se la decía que no contase con nuevos auxilios para lo porvenir.

Juana, aunque solo contaba á la sazón once años, tenía todo el desarrollo de las criollas y todas las promesas de una hermosura deslumbradora,

Su inteligencia tambien respondía á los caracteres salientes de su raza; era ardiente y viva.

Hablaba correctamente el francés, el inglés y el español.

No obstante su juventud y su inexperiencia, com-

prendió todo el alcance de su desgracia. Despues de aquella carta no era posible dudar. Su padre había sido asesinado y despojado de su fortuna.

Lloró amargamente, despues de haber sufrido las ansiedades de tres meses de confusiones y perplejidades.

Pero, con una fuerza de voluntad superior á sus pocos años, se consagró al estudio y al trabajo, primero para bastarse á sí misma, y despues para entregarse en cuerpo y alma á averiguar cuándo y cómo había desaparecido su padre.

En el castillo de Santa Gilda vivía la marquesa de Fonterose, como una reclusa, con ostentaciones de dolor y de piedad.

Olimpia de Fontanac se había casado con el marqués de Fonterose á los veintitres años, y era un alma fría y orgullosa, entregada á las prácticas de una devoción rancia y mal entendida.

Su exterior estaba en relación con la sequedad de su alma: era alta y delgada, de pómulos salientes, nariz afilada, ojos hundidos y cabellos tan amarillos que parecían rojos.

Su marido la miraba con lo mayor indiferencia, no teniendo, como no tenía, mas que dos pasiones que le dominasen violentamente: los placeres de la mesa y los placeres de la caza.

Pero si no tenía con la marquesa ninguna efusión del alma, tampoco tenía el menor disgusto: era una

excelente ama de casa y recibía galantemente á sus visitas.

De este matrimonio nació una hija.

En 1870 tenía, como Juana, que era su prima, aunque lo ignorase, doce años, y por fortuna suya no se parecía en nada á su madre ni en lo físico ni en lo moral.

Nicolasa de Fonterose, era esbelta como una palma rubia como una espiga y pálida como una azucena.

Tenía toda la gracia de los primeros años y dejaba adivinar ya sus futuros encantos, en sus grandes ojos, de un azul sombrío, en su abundosa cabellera, suave y reluciente, en su cuello artísticamente modelado, y en las líneas pronunciadas de su seno.

Era decidora, intrépida y terca y no tenía miedo á nada, ni á un caballo, ni á la oscuridad, ni á la soledad de los grandes bosques y de las landas.

Su padre la adoraba y ella adoraba á su padre; pero en cuanto á su madre, mas bien que cariño, la tenía respeto, á consecuencia de sus costumbres rígidas y un tanto escépticas.

Durante su ausencia, el marqués la escribía todos los dias para darla noticias suyas.

En los primeros dias de diciembre empezaron á ser menos frecuentes las cartas del marqués, y, á fin de mes, hubo intervalos entre una y otra de cinco y de seis dias.

Segun las últimas noticias, el marqués se hallaba

en los alrededores de Besançon y hablaba á su hija de una accion inminente y decisiva, revelando todo el texto de su carta un gran desaliento y una viva inquietud por la suerte del ejército.

El día 5 de Enero, el intendente de Santa Gilda, señor Malo Briquebec, que habia tenido que ir á Penhoet, volvió al castillo con el semblante demudado.

Los Kerandal habian recibido una carta de su hijo Jacobo, que formaba parte del batallon de Fonterose, anunciándoles una terrible desgracia.

El marqués habia sido muerto en un reconocimiento, hácia Villarsexel, donde algunos dias despues se debia dar una gran batalla.

No era posible dudar de la exactitud de la noticia.

Jacobo Kerandal habia visto exhalar el último suspiro al marqués.

El señor Malo Briquebec se valió de toda clase de precauciones para dar esta triste noticia á sus amas, haciendo asistir al acto al rector de Santa Gilda.

—Señora marquesa, exclamó despues de un largo exordio, sois viuda.

La marquesa de Fonterose encerró su dolor en los límites de la mas exquisita conveniencia.

Sé dejó caer al pié de un crucifijo de marfil, que habia á la cabecera de su lecho, y se cubrió la cara con las manos, rompiendo á llorar.

—Señor, exclamó como Job, vos me le habeis dado y vos me le quitais... ¡Cúmplase vuestra voluntad!

Nicolasa era muy joven. La muerte de su padre la habría conmovido mas si la hubiera presenciado, y como hacia tiempo que no le veia, aquella ausencia eterna la afectó menos de lo que era de esperar, dado el amor que le tenia.

La muerte del marqués quedó envuelta en el misterio, no sabiéndose de ella más que lo que habia dicho Jacobo.

El marqués salió de noche con cuatro móviles a hacer un reconocimiento, y de repente cayó herido de un tiro que le atravesó el pecho.

Los móviles que le acompañaban no vieron á las fuerzas enemigas, de entre las cuales habia partido el tiro.

Hubo quien sospechó que el autor de la muerte habia sido un soldado de su mismo batallón, llamado Jacobo Kerandal, que asistió al reconocimiento.

Jacobe Kerandal era un bretón de aspecto salvaje y fuerzas hercúleas, que se habia dado á conocer en la guerra por su indomable valor: con la misma serenidad avanzaba hácia un hombre que hácia la boca de un cañon.

Jacobe Kerandal hizo cuatro ó cinco disparos á pretexto de que habia visto entre los árboles del camino un grupo de alemanes.

Uno de aquellos disparos se cree que puso fin á la vida del marqués.

Jacobe Kerandal, despues de hacer prodigios de

valor, forzó las líneas alemanas en las fronteras de Suiza, y creyendo que la campaña habia terminado, como terminó en efecto, atravesó á pie toda Francia y regresó Penhoet.

Su padre, gracias á la cartera de viaje, pagó poco á poco sus deudas, ocultando sagazmente su riqueza con la venta de parte de sus tierras y pidiendo nuevos plazos á sus acreedores.

Dos años despues, y cuando ya no debia nada, apareció una noche muerto en el bosque de Santa Gilda.

Cuando se encontró su cadáver, á los tres dias de su desaparicion de Penhoet, se dijo que habia muerto á consecuencia de la ruptura de un aneurisma.

La verdad es que se envenenó con digital para librarse de sus remordimientos.

A todas horas, de dia y de noche, veia la sombra de Noel Trelan con los ojos clavados en él como en el momento en que le estranguló para robarle.

Abramos un paréntesis de diez años y lleguemos á la época en que se desarrollan los acontecimientos que vamos á referir.

## VIII

### La suerte de las huérfanas

Una noche de los ultimos dias de agosto de 1880

30563

UNIVERSIDAD DE MONTERREY  
BIBLIOTECA UNIV. DE MONTERREY  
"ALFONSO MARTÍNEZ"  
Apto. 1825 MONTERREY, MEXICO